



## LA MUERTE DE ZORRILLA <sup>1</sup>

Si no puesto en olvido, por lo menos muy apartado del mundo y de sus pompas, vivía desde hace algunos años en Madrid, en un quinto piso de la calle de Santa Teresa, el anciano á quien por excelencia se confería el dictado de "poeta nacional.,,

Sabíamos que frisaba en los tres cuartos de siglo; no ignorábamos sus padecimientos y achaques; no podíamos rebelarnos contra la ley común de la naturaleza, pero así y todo, la claridad de inteligencia y viveza de movimientos que conservaba Zorrilla; la extraña vitalidad de su cuerpecillo delgado; lo enhiesto de sus espaldas; lo ágil de su andar;

<sup>1</sup> Acontecimiento de tan excepcional resonancia me obliga á dejar para el número siguiente el artículo sobre las Exposiciones.

En el mismo número de Febrero he de consagrar el correspondiente estudio crítico-biográfico á Zorrilla.

el raro humorismo de su conversación; su misma valentía para soportar dolorosas operaciones y curas aún más dolorosas, nos habían infundido esperanzas de que la muerte no se acordase de Zorrilla, por lo menos hasta el primer lustro del siglo xx. Persona que le vió diez ó doce días antes de caer en cama, respondía á mi pregunta: "Hecho un muchacho.,,

Al pronto, no alarmó la enfermedad del poeta. En estación tan cruda, en persona de tan avanzada edad, un enfriamiento es el pan nuestro de cada día. Y sin embargo, invierno, enfriamiento, Madrid y setenta y seis años... suma de cantidades homogéneas que suele dar por total—muerte.

No he hablado con los facultativos que asistieron al poeta, y sólo conozco los trámites de la enfermedad por lo que de público se dijo. Hablóse de *bronquitis capilar*, complicada á última hora con *fenómenos cardíacos*, y como síntomas, *edema y ataques de disnea*. En los buenos tiempos cantados por el poeta, acaso el padecimiento que le llevó al sepulcro se hubiese nombrado sen-

cillamente, "*hidropesía*„. Lo indudable es que Zorrilla no sucumbió al molestísimo é inveterado achaque que le afligía y le obligaba á retraerse del trato: á la que él llamaba "enfermedad ridícula y repugnante„; los lobanillos ó lipomas en el cráneo, que últimamente habían dado en crecer y crecer, exigiendo la acción del bisturí.

Súpose casi á un tiempo el mal y la inminencia de su terrible desenlace. Los periódicos, al principio, dedicaron el mismo espacio, poco más ó menos, al peligro de la vida de Zorrilla, que habían dedicado al de la de D. Cristino Martos. Diríase que un sopor, un frío—el de tantos años de sol puesto—embargaba los espíritus. Fué preciso que cayese el poeta, como fruto pasado á quien la tierra reclama, para que empezase á fermentar el antiguo entusiasmo. Y en las primeras veinticuatro horas que siguieron á la muerte, la fermentación era lenta, el suceso no tenía aun carácter de duelo general, de catástrofe.

¿Cuál de las dos corporaciones literarias, la Academia ó el Ateneo, concibió antes el

propósito de hacerse cargo del cuerpo de Zorrilla y "enterrarlo con decencia„? La Academia afirma que á ella se le ocurrió primero, y probablemente el Ateneo no transige con haberlo pensado después. Sea de esto lo que quiera, la Academia logró recoger los mortales despojos del poeta menos académico de cuantos han existido, y más opuesto á las que él calificaba, en su lenguaje pintoresco, de *mojigangas* oficiales de las letras,—y lo trasladó, desde la modesta casa mortuoria, al salón de autos de la calle de Valverde. Mientras la multitud, engañada por el suelto de los periódicos de la mañana, que aseguraban que la capilla ardiente se instalaría en el recinto del Ateneo, comenzaba á atropellarse en la calle del Prado, deseosa de ver por última vez á Zorrilla, contadas personas entrábamos desahogadamente en el edificio donde reside la Academia, y, casi solos, podíamos contemplar á Zorrilla tendido en la cama imperial.

Detrás del dorado balaustre que en las sesiones públicas separa á los académicos de la concurrencia, ardían los blandones y se

alzaba el túmulo. Al vivo parpadeo de las luces, destacábanse bien sobre los negros paños del fondo los remates de plata y acero, y mejor aún la cabeza del cadáver, nada desfigurada, tranquila, apenas afiladas las facciones, realizada por el marco, de plata también, de la gris melena, y el toque enérgico, marcial, de la canosa y luenga perilla. Colocado así, no pudiéndose apreciar lo reducido de la estatura del poeta, éste parecía, más que fatigado campeón de la lucha artística, algún veterano de las guerras del Imperio, algún ascendiente próximo de Napoleón III, mariscal, conde y dignatario de la *Legión de Honor*. Las manos, algo infiltradas, que no tenía cristianamente cruzadas, sino reunidas, diríase que querían recoger hacia el corazón los pliegues de desgarrado histórico estandarte. Cuando *El Liberal* propuso, al día siguiente, una cosa muy bella que no se realizó, dar á Zorrilla por sudario la bandera española, yo me acordé de aquellas manos, puestas en tal actitud como si pidiesen el glorioso trapo, que envolvería el cuerpo muerto en irradiaciones de fuego y oro.

Sólo tres coronas acompañaban á Zorrilla en la capilla ardiente, á las nueve de la noche del día 23: la de la Casa Real, de flores naturales, lilas blancas, rosas, jacintos, que embalsamaban la atmósfera; la de la Revista *La España Moderna*, de finas flores artificiales; la del Dr. Letamendi, de laurel. Mas no era la escasez de coronas, que se compensó bien al otro día, la nota triste y sorprendente de aquella fúnebre exposición. Afligía y admiraba sobre todo ver que el cuerpo de Zorrilla, reclamado por una corporación literaria tan protegida, tan adinerada, tan influyente, tan entonada como la Academia de la Lengua, no tuviese más guardia ni más custodia que la de un mal trajeado sujeto, sin uniforme, librea ni distintivo especial, que guardaba el cadáver sentado cómodamente, y echando á ratos, para conllevar la vela, su cigarrillo de papel. Ya que no velase en persona, pudo la Academia cuidar una miajita más de la *mise en scène* de lo que anunció como homenaje excepcional y distinción sólo á Zorrilla otorgada.

El cadáver no fué embalsamado, dicen

unos que por acatar la voluntad expresa del poeta mismo, otros que por el estado de los tejidos, infiltrados de agua. También he oído afirmar que, así y todo, pudo embalsamarse por medio del cloruro de zinc.

Desde el martes por la mañana, la gente, que dispuso de todo el día del lunes para recapacitar y evocar recuerdos de la grandeza de Zorrilla, se agolpó en la calle de Valverde y desfiló por la capilla ardiente, mientras en la prensa y en las esferas oficiales se entablaba discusión respecto á los honores que debían ó no debían otorgarse al muerto.

Ha sido ciertamente muy curioso litigio este de cómo correspondía enterrar al autor de *Don Juan Tenorio*. Si nos propusiésemos formar un cuadro de síntomas para demostrar á qué estado de inepticia gubernamental conduce el sistema parlamentario, la cuestión del entierro de Zorrilla sería de las que los suministrarán más claros. El predominio tiránico de la política al menudeo, de influencia personal, desprovista de todo ideal generoso y grande, ha llegado á convertir á nuestros gobiernos en jerarquías de man-

darines del botón rojo y el botón azul, y á incrustar nuestra existencia nacional en las hileras simétricas, de mayor á menor, del *tchin* ruso, el que tan donosas y sangrientas sátiras inspiró á Gogol. La letra muerta, con su mezquindad, su aridez, su ridículo énfasis reglamentario y sus irritantes mentiras sociales, reina, gobierna y rige esta pobre nación. Ella, la odiosa letra muerta, es la que ha negado al ejército español el placer y la honra de rendir á Zorrilla los últimos honores; ella, la odiosa letra muerta, es la que le ha colgado al pescuezo medallas y cruces al que debió tener por mortaja nuestra bandera y por condecoración el laurel fresco y la rosa natural; ella, la odiosa letra muerta, es la que ha impedido al inocente reyecito de España—que á lo mejor se encuentra todo vestido de negro y averigua con sorpresa que está de luto riguroso por un monarca de allá, de muy lejos, á quien jamás vió, á quien apenas oyó nombrar—depositar con su propia mano delicada y pura la corona de flores sobre el féretro del vate, gala y orgullo de su trono; ella, la odiosa

letra muerta, es la que fingió escandalizarse de que el entierro de Zorrilla, que á un drama debe su universalrenombre, pasase ante el teatro que encarna todavía las excelsas tradiciones de nuestra escena y representa las obras de Lope, Tirso y Calderón; ella, la odiosa letra muerta, es la que encasilló á Zorrilla en las antepenúltimas hiladas del *tchin*, entre los brigadieres y los jefes de administración, y dictó este renglón inefable, que recorto de un diario: "El entierro de Zorrilla será, en punto á solemnidad oficial, como el de Alonso Martínez."

No he de repetir lo mucho y muy picante que se le ha ocurrido á la prensa con motivo de los famosos *precedentes*, que, según nuestro iliterario y nada económico Gobierno, faltaban para justificar ciertos honores, cierto aparato y cierta majestad en el entierro de Zorrilla. A propósito de eso de los *precedentes* corrió una frase: "Tampoco tiene precedentes Zorrilla, pues no sabemos que se haya muerto otra vez." Ingenioso es el dicho, y sin embargo, antes de Zorrilla se han extinguido varios astros muy luminosos:

han faltado el duque de Rivas, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, Ayala, Bretón, Ventura de la Vega, Tula: no entablemos aquí paralelos ni hagamos comparaciones odiosas; bástenos decir que cualquiera de estos nombres brilla hoy más que los de los personajes políticos y funcionarios civiles ó militares que se enterraron con cuantos honores, ceremonias y etiquetas otorga el *tchin*, y, sin embargo, alguno de ellos fué á su última morada sin otro séquito que el coche de algún amigo. Había precedentes, es indudable, de morirse literatos ilustres; y no había precedentes, es indudable también, de que por este achaque de la literatura á secas se creyese la nación en "el compromiso," de enterrar á sus muertos con algún decoro. ¿Y qué? ¿Va á establecerse como principio que permanezca una nación siglos y siglos en el mismo estado de soñolencia y apatía comatosa, desconociendo sus deberes, no sabiendo cuándo la muerte de un hombre importa ó no importa á la colectividad de que formaba parte en vida, y á la cual sirve de vínculo y enaltece más todavía desde el se-

pulcro? ¿Podrá creer un gobierno que la estabilidad formulista y la rutina burocrática tienen derecho á subsistir eternamente, y que la espontaneidad del sentimiento nacional (sobre todo cuando marcha de acuerdo con sentimientos universales ya en los pueblos civilizados), no debe abrirse camino saltando por cima de esas vallas de cartón y rompiendo esas ataduras liliputienses? Si por vez primera España se dió cuenta de que los grandes poetas abundan menos que los presidentes del Congreso ó del Senado, y que la patria debe llorar y honrar á los primeros... tanto por lo menos como á los segundos, ¿cómo no se asociaron "los poderes," á tan simpática innovación? ¿A santo de qué la combatieron, probando (y maldita la falta que hacía la prueba), que aquí el gobierno liberal no representa átomos más de sentido progresivo que representaría cualquier gabinete estacionario ó retrógrado? Y gracias que no prevaleció la inspiración de hacer juntos los entierros de Zorrilla y del Sr. Bravo, idea eminentemente práctica, que tuvo momentos de favor.

Dejando ya las torpezas ministeriales y las tibiezas áulicas que de ellas se derivan, diré que si numeroso gentío visitó la capilla ardiente el martes y la mañana del miércoles, inmensa muchedumbre siguió el miércoles por la tarde el carro que contenía los restos del poeta. Hermoso y sereno el día, como si riese la naturaleza á aquella musa tan meridional, tan bañada en luz, Madrid entero se desbordó por la Cuesta de la Vega, y no encontrando guardado el cementerio, lo asaltó rompiendo vidrios y arrasando plantaciones; y toda aquella multitud, que ya se apiñaba, ya se desbordaba, conocía al muerto, iba hablando del muerto, recitaba sus versos, repetía las décimas del *Don Juan*, y en su misma falta de exterior recogimiento, en el aire festivo que la comunicaban la alegría del cielo y la templanza del ambiente ya saturado de tempranos efluvios anunciadores de la primavera, tenía algo de muchedumbre griega que sigue al vencedor de los juegos olímpicos y comenta alborozada su triunfo. ¡Instinto seguro y certero de la colectividad! Comprendían que tal

muerte no era para desaliento y lágrimas, sino para febril transporte patriótico, lleno de esperanzas de lo por venir, vistas al encendido reflejo del último luminar de lo pasado.



Algunas personas desean ver reproducido aquí lo que dije en *El Imparcial* de cómo conocí á Zorrilla.

Nunca he dejado de reverenciar el esplendoroso genio poético de Zorrilla, pero en mis años juveniles no era reverencia, era culto lo que me inspiraba. Después leí más poetas, muchos poetas, casi me atrevo á decir que la mayor parte de los grandes poetas que han arrullado, deleitado ó suscitado á la humanidad, y el astro de Zorrilla tomó el puesto que le correspondía en la soberana constelación de sus hermanos.

¡Pero en aquel entonces! Sólo seis á ocho poetas me cabían en el alma... y mi alma se desbordaba, con su candorosa frescura, su

savia infantil y su florescencia de blancos sueños y aurorales ilusiones. Al regresar Zorrilla de Méjico, una de las primeras hermosas tonterías que debieron de caer sobre su bufete fueron unos versos (detestables ¡ah!) de la poetisa de catorce años, que, toda penetrada de *Margarita la Tornera*, del *Capitán Montoya* y de las redondillas, décimas y quintillas de *Don Juan*, saludaba con efusión la vuelta á España del pájaro maravilloso, el *quetzal* de flotante plumaje de esmeralda, el colibrí que hace nido en las lianas y se columpia sobre la cima de las palmeras...

Y pasaron largos días sin que á Zorrilla conociese. Más de tres lustros después tuve ese gusto, en la Coruña. Ya otros poetas y otras admiraciones se disputaban el señorío de mi espíritu; no obstante, desde que la embarcación que traía á bordo á Zorrilla fondeó en la bahía de mi pueblo natal, resolvieron mis padres, como suele decirse, "echar la casa por la ventana". Al mismo buque envié un mensajero, encargado de preguntar al poeta cuándo pensaba honrar el techo hos-

pítalarío donde se tenderían á sus pies por alfombra un jardín. Parecíame que á Zorrilla, como á las imágenes de la Virgen en Mayo, como á las mujeres en quienes sobresa la belleza, como á las amadas, sólo se le podían ofrecer flores y más flores; que había que rodearle de flores y de aromas y de colorido primaveral; que á su paso, como Dante al de Beatriz, todos debían lanzar una exclamación:

*Manibus ó date lilia plenis!*

Zorrilla contestó á mi enviado que vendría en persona á traerme la respuesta, y así lo hizo, en efecto, á las pocas horas.

Le esperábamos, como se espera á los reyes en la puerta. Le acogimos, como á los amigos, con la sonrisa en los ojos y en la mano el corazón. Y cuando salió, en vez de la alegría esperada, yo recogí una de las penas *desinteresadas, objetivas*, mayores que en mi vida me acongojaron.

¿Por qué?

Zorrilla acababa de decirme lo siguiente..

y hoy, al referirlo, casi vuelvo á sentir, más que la presente melancolía de la despedida eterna, la melancolía pasada de aquel primer choque brutal entre mis dorados pensamientos y las grises realidades del vivir... Zorrilla, repito, acababa de decirme que, por una serie de circunstancias cuyo relato suprimo, había llegado á contratarse lo mismo que se contrata, no el cantante, que se reserva el derecho de halagar con su voz á quienquiera que sea fuera de las tablas, sino el fenómeno curioso á quien el *barnum* enseña de barraca en barraca y de pueblo en pueblo, y al cual sólo el *barnum* puede mostrar, pues su presencia es oro, oro su palabra, oro su vista. "He querido saber lo que podía valer Zorrilla, y todo se ha cotizado en mí... Sin autorización de sus dueños, sin permiso de sus empresarios, el viejo poeta no leerá en su casa de V.... ni en ninguna.,

*Alas! Poor Yorik!*—pensaba yo cuando el poeta se hubo marchado. ¡Pobre rey de comedia, envuelto en su púrpura de loco y de juglar! ¡Pobre ensartador de perlas, pobre lapidario de diamantes, pobre jardinero



de tulipanes misteriosos, pobre Aladino de la cueva mágica, pobre trovador, que en vez de pedir hospitalidad en los castillos y templar allí su guzla, pisa las tablas de los teatros y canta endechas á la castellana fea y vieja—la multitud!

A la noche Zorrilla declamó en el "Coliseo, marinedino. Y de pronto, en mitad de la función, ábrese de golpe, con empuje, la puerta de mi palco, y entra rebosando caballeresca galantería—sí, caballeresca, no retiro la palabra—la persona que por encargo del señor Ducazcal acompañaba á Zorrilla en su *tour-née*. Las frases del Sr. Ducazcal, transmitidas por su encargado, eran frases de hombre que, á lo servicial y generoso, añade lo rendido con las damas. Me ofrecía á Zorrilla para leer lo que yo quisiese... Agradecí; rogué que se me hiciese el nuevo favor de dejar el asunto en manos del ilustre peregrino, á fin de que procediese con entera libertad... y á los dos días, ó mejor dicho á las dos noches, Zorrilla recitaba en mi casa.

Como si el pobre Yorik no trajese corona de espinas, insistimos en abrumarle con flo-

res. Quedó arrasada la granja de Meirás. Desde el portal, por la escalera, en el gran recibimiento, en el salón azul, en todas partes á donde Zorrilla volviese los ojos, solo encontraba rosas, rosas té, rosas blancas, rosas rojas de sangriento corazón, rosas oscuras, violadas, las raras variedades, traídas por mi madre, de Angulema y Bruselas; y como la estación era primaral, bajo las rosas se amontonaban lilas, violetas de Parma, magnolias, las últimas camelias, los jacintos, las tuberosas, entre guirnaldas de follaje verde... Un ardiente admirador de Zorrilla, que de fijo á estas horas está inconsolable, Rafael de Nieva, decía al día siguiente, en una crónica de la velada: "Las rosas llegaban hasta la calle.,"

No censuro á los que contrataron á Zorrilla. He recordado el melancólico episodio, porque hay en estas penas de la vida algo que consuela de la muerte. ¿Cuál hubiese sido preferible para nuestro *lord Tennyson*: morir joven como mueren los predilectos de los dioses, ó arrastrar la pluma y las alas tantos años?